

## ¿EXISTE EN SANTO TOMÁS UNA FILOSOFÍA DEL CORAZÓN?

Para responder a la pregunta planteada (*ansit*) debemos primero precisar qué entendemos por una *philosophiacordis* (*quid sit*).

Se trata de una opción filosófica cuya primera actitud ante la realidad es la de una apertura receptiva, tanto cognitiva como afectiva, que podríamos llamar “contemplación”. Esto supone entender al mundo como cargado de un sentido, un mensaje, un valor, una verdad, un bien, que sean previos a la propia iniciativa humana e intrínsecos a las cosas mismas, dados de suyo. No se trata de una posición que niega el papel de la actividad que brota de la persona, tanto de su capacidad discursiva (*ratio*) como de su efectividad volitiva (*voluntas ut ratio*), sino que las subordina, a modo de fruto o extensión, a su capacidad intuitiva y afectiva de las cosas. Ahora bien, el “mundo” al cual se abre, se entiende que es principalmente el “mundo interior” o “de la interioridad”, que es el mundo con mayor riqueza inteligible y apetecible. En efecto, podríamos decir que sostiene que la persona humana, distinta al resto de las cosas del cosmos, posee un núcleo insustituible, bueno y verdadero en su centro espiritual. Desde este corazón íntimo de la propia persona se descubre, asombrosamente, el carácter creado de la propia profundidad. La *philosophiacordis* culmina en su vinculación con aquel cuyo influjo hace ser a todas las cosas, así como el corazón con su circulación hace vivir a todo el cuerpo.

Ahora bien, no es la intención de este modesto trabajo hacer un desarrollo pormenorizado de estos elementos en la filosofía de Tomás de Aquino, sino mostrar cómo se armonizan con los múltiples significados que encontramos de la noción de “corazón” en su obra.

Existe un primer sentido físico-orgánico del corazón. Según este significado dice Santo Tomás que el corazón es el “principio de todos los movimientos corporales”<sup>1</sup>, “de las fuerzas vitales en todo el cuerpo y es el primer principio de todos los miembros cuanto al ser”<sup>2</sup>. También nota que “está puesto en el medio, para que se conserve de toda lesión y difunda proporcionalmente la vida a todas las partes del cuerpo”<sup>3</sup>. El corazón, además, no solamente tiene razón de principio, sino también de fin: “toda buena disposición del cuerpo redundante, de alguna manera, en el corazón, como en el principio y el fin de las mociones corporales”<sup>4</sup>. De

---

<sup>1</sup>S. Th. II-II, q. 44, a. 5, c. “La fuerza motiva [...] está principalmente en el corazón, por el que el alma difunde a todo el cuerpo el movimiento y las otras operaciones semejantes”, SCG II, c. 72, n. 6.

<sup>2</sup>In III Sent. d. 13, q. 2, a. 1, ad 5. Su íntima relación con la vida se manifiesta en el hecho de que una herida cardíaca puede ser mortal. Cf. S. Th. I-II, q. 73, a. 3, c.; q. 74, a. 9, ad 2; In I Sent. d. 8, q. 5, a. 3, ad 3.

<sup>3</sup>In II Sent. d. 14, q. 1, a. 1, ad 2.

<sup>4</sup>S. Th. I-II, q. 38, a. 5, ad 3.

ahí su particular movimiento de sístole y diástole: “Para que el corazón sea principio y fin de todos los movimientos, tiene cierto movimiento no circular, pero semejante al circular, a saber, compuesto de tracción y pulsión”<sup>5</sup> (movimiento pulsativo lo llama Gregorio Niseno).

A este primer sentido del corazón Santo Tomás dedica un opúsculo, que podría datarse del 1273 según Torrell, dirigido al Maestro Felipe de Castrocaeli (profesor de medicina en Bolonia y Nápoles), titulado *De motu cordis*, en el que sostiene principalmente que el movimiento del corazón es máximamente natural e intrínseco y no violento, como sostenía Alfredo de Sareshel. Si bien el opúsculo aclara que el movimiento del corazón “no es preciso que sea causado por la aprehensión y el apetito, aunque sea causado por el alma sensitiva; pues no es causado por el alma sensitiva mediante su operación, sino en cuanto es forma y naturaleza de tal cuerpo”<sup>6</sup>, sin embargo, Santo Tomás no niega que la aprehensión, tanto de los sentidos (externos e internos) como de la inteligencia, y el apetito, tanto intelectual (la voluntad) como sensitivo (concupiscible e irascible), bajo otro respecto, influyan en el movimiento del corazón:

“El movimiento del corazón varía según las diversas aprehensiones y afectos del alma. En efecto, los afectos del alma no son causados por las alteraciones del corazón, sino más bien las causan a ellas. Por esto, en las pasiones del alma, por ejemplo, en la ira, es formal lo que es por parte del afecto, a saber, que sea apetito de venganza; pero material lo que pertenece a la alteración del corazón, por ejemplo, que sea ardor (*accensio*) de la sangre cerca del corazón”<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup>*De motu cordis*. Cf. *S. Th.* I-II, q. 17, a. 9, ad 2.

<sup>6</sup>*De motu cordis*; Cf. *S. Th.* I-II, q. 17, a. 9, a. 2: “el movimiento del corazón [...] sigue, como accidente *per se*, a la vida, que procede de la unión del alma y el cuerpo. [...] Por eso este movimiento se llama vital”.

<sup>7</sup>*De motu cordis*, in fine. El Aquinate hace dos aclaraciones. La primera es que, aunque se siga algún movimiento o alteración en el corazón desde la aprehensión o el apetito, incluso de la voluntad, sin embargo, dicho movimiento es involuntario. Cf. *S. Th.* I-II, q. 17, a. 9, ad 3. La segunda: “Alguien no apetece la venganza a causa de que se le encienda la sangre cerca del corazón, sino que por esto alguien está dispuesto a la ira; pues se aira por el apetito de venganza”. Visión opuesta a la teoría psicológica de las emociones de James-Lange, sintetizada en la famosa expresión: “no lloro porque estoy triste, sino que estoy triste porque lloro”.

Véase el siguiente pasaje: “La cualidad del cuerpo se halla respecto del acto del apetito sensitivo de dos modos. De un modo, como precedente, en cuanto alguien está de alguna manera dispuesto según el cuerpo hacia esta o aquella pasión. De otro modo, como consecuente, como cuando por ira alguien se calienta. Por consiguiente, la cualidad precedente no subyace al imperio de la razón, porque o bien procede de la naturaleza, o bien de alguna moción precedente, la que no puede aquietarse instantáneamente. Pero la cualidad consecuente sigue al imperio de la razón, porque sigue al movimiento local del corazón, que se mueve de diverso modo según los diversos actos del apetito sensitivo” *S. Th.* I-II, q. 17, a. 7, ad 2. La vida emocional está influenciada por lo que hoy llamaríamos “temperamentos y talentos”, es decir, disposiciones naturales a tal o cual pasión o a tal o cual acto de virtud o vicio (Aristóteles habla de las *aretái physiciái*) según nuestra complexión corporal heredada. En esta

Desde este segundo sentido del corazón, dentro de la perspectiva físico-orgánica, se lo entiende como la sede de la afectividad sensitiva, es decir, como el órgano de las pasiones: “el corazón es el instrumento de las pasiones del alma”<sup>8</sup> (ya Platón atribuía el concupiscible al corazón<sup>9</sup>). Las pasiones son movimientos pasajeros del apetito sensitivo, concupiscible e irascible, con una inmutación física, sobre todo, en el corazón, al que le quitan o agregan algo de su movimiento natural (disminución o aumento planteada, en general, en términos de calentamiento o enfriamiento)<sup>10</sup>. La alegría, por ejemplo, lo dilata, de ahí que en latín se diga “*laetitia*”<sup>11</sup>. La angustia, en cambio, lo contrae, lo “angosta”<sup>12</sup>. Santo Tomás distingue una “tristeza interior del corazón” que es mayor al dolor exterior<sup>13</sup>. También enseña el Aquinate que los jóvenes son “animosos y de buena esperanza” a causa de su corazón ensanchado hacia las cosas arduas<sup>14</sup>. En los miedosos, el calor corporal abandona el corazón y desciende desde lo superior hacia las partes inferiores, de tal manera que los paraliza para acometer y hablar, provocándoles temblor de pecho, voz, labio, mandíbula, brazos, rechinamiento de dientes, etc<sup>15</sup>. La ira, de la que ya hablamos, es la que más perturba el corazón, puesto que el apetito al

línea, Santo Tomás sostiene que el diablo es capaz de tentarnos puesto que puede mover el corazón, de lo que puede seguirse una inclinación del apetito sensitivo hacia alguna pasión. Cf. *S. Th.* I-II, q. 80, a. 2, c.

<sup>8</sup>*S. Th.* I-II, q. 48, a. 2, c. Cf. q. 87, a. 2, c. Santo Tomás opta por el cardiocentrismo aristotélico por sobre el encefalocentrismo galénico e hipocrático.

<sup>9</sup> Cf. *S. Th.* I, q. 76, a. 3, c., *in principio*.

<sup>10</sup> Cf. *S. Th.* I, q. 20, a. 1, ad 1; I-II, q. 22, a. 2, ad 3; q. 24, a. 2, ad 2; III, q. 13, a. 3, ad 3; *SCG* I, c. 89.

<sup>11</sup> Cf. *S. Th.* I-II, q. 31, a. 3, ad 3; q. 33, a. 1; III, q. 84, a. 9, ad 2.

<sup>12</sup> Cf. *In III Sent.* d. 34, q. 2, a. 1, qc. 1, c: “Las disposiciones del corazón en algunas pasiones son casi como activas, en otras casi como pasivas. La disposición del corazón activa es o según la perfección del corazón en sí mismo, como es la amplitud y dilatación del corazón, como ocurre en el gozo; o según también la perfección del corazón para obrar, padecer u obtener algo, como sucede en la fortaleza del corazón, que se requiere en la audacia y la esperanza. La disposición pasiva del corazón es opuesta, o según su defecto en sí mismo, que se llama ‘angostura’ (*coangustatio*), que se requiere en la tristeza; o según su defecto por la comparación con el obrar algo, que se llama ‘debilidad del corazón’, que se requiere en el temor y la desesperación”; *De Ver.* q. 25, a. 2, c.: “Según Avicena, pertenece al irascible la fortaleza y debilidad del corazón, como virtudes ordenadas al obrar; pero al concupiscible su dilatación y constricción, como virtudes ordenadas a recibir”.

<sup>13</sup> Cf. *S. Th.* I-II, q. 35, a. 7; q. 37, a. 4, c. Cf. III, q. 84, a. 7, ad 2.

<sup>14</sup> *S. Th.* I-II, q. 40, a. 6, c.

<sup>15</sup> *S. Th.* I-II, q. 44, a. 1, ad 1-2; a. 3, ad 3. El calor en el corazón favorece a la audacia y el acometer; su enfriamiento, en cambio, a la huida y el temor, de tal manera que, puesto que un corazón grande es más difícil de calentar que uno pequeño, los animales con corazón pequeño son más animosos, mientras que los de corazón grande son más temerosos. El calor ayuda a ampliar y extender al corazón, ensanchando el espíritu hacia cosas grandes. El frío lo contrae. El vino, por ejemplo, que favorece el calentamiento del corazón, ayuda también a tener esperanza y audacia. Cf. *S. Th.* I-II, q. 45, a. 3, c. et ad 1; q. 40, a. 6, c.; II-II, q. 125, a. 3, ad 2.

En el tratado de la confirmación, explica Santo Tomás por qué debe darse este sacramento en la frente. Dice: “alguien es impedido de la libre confesión del nombre de Cristo a causa de dos cosas, a saber, el temor y la vergüenza. Ahora bien, el signo de estas dos se manifiesta máximamente en la frente, a causa de la proximidad con la imaginación, y, por el hecho de que los espíritus ascienden directamente desde el corazón hacia la frente, de dónde se dice en IV *Ethic.* *los vergonzosos se ruborizan, pero los temerosos palidecen*, por esto, el crisma se signa en la frente, para que ni a causa del temor ni por el rubor se omita confesar el nombre de Cristo”; “El principio de la fortaleza está en el corazón, pero el signo aparece en la frente, de dónde se dice en Ez III, *he aquí que le di a tu frente más dureza que la de ellos*. Y, por esto, el sacramento de la Eucaristía, por el que el hombre se confirma en sí mismo, pertenece al corazón, según aquello del Sal *el pan confirma el corazón del hombre*.

cual nombra tiende a repeler la injuria mediante un movimiento muy vehemente e impetuoso. Su máximo efecto es el fervor o hervor de la sangre en el corazón, que se manifiesta en los miembros exteriores, especialmente en los que “más expresamente reluce el vestigio del corazón, es decir, en los ojos, el rostro y la lengua” (estremecimiento corporal, trabazón de la lengua, enrojecimiento facial, los ojos se exasperan, el rostro se desfigura, aparecen gritos sin sentido, etc.). Estos efectos pueden llegar a impedir el juicio de la razón, de ahí que la locura es llamada por los antiguos “*breve insania*”<sup>16</sup>.

Si bien mucho de lo que en esta temática dice Santo Tomás está perimido por los nuevos descubrimientos y avances médicos, sin embargo, permanece actual tanto el hecho de que las pasiones involucran al cuerpo (incluso en el latido del corazón o la frecuencia cardíaca, pero también en la coloración de la piel, la sudoración, el temblor, la contracción de músculos, el llanto, cambios respiratorios, etc.) comola vinculación simbólica entre el corazón y las emociones (puede verse en el lenguaje vulgar: “me hierve la sangre”, “se me va a salir el corazón”, “¡qué corajudo!”, “me derrite el corazón”, “¡qué calentón!”, “¡qué persona fría!”, “¡me parte el corazón!”, etc.).

Insistiendo en este último punto, hay una analogía de proporcionalidad entre el corazón físico como principio de todos los movimientos vitales y el amor como primer motor de la afectividad<sup>17</sup>. Incluso hasta hoy el corazón es asociado con el amor. Esto vale tanto para el nivel sensitivo como intelectual. “Corazón”, entonces, es amor ya sensitivo ya intelectual. Por extensión, también designa a la misma potencia: el corazón es la afectividad sensitiva. Es muy rica, en esta línea, la doctrina de Santo Tomás acerca de la *munditiacordis*, en la que no podremos profundizar por cuestión de espacio y tiempo.

Un tercer sentido de corazón aparece desde una perspectiva espiritual. Así, designa la sede de la afectividad espiritual, intelectual o racional, es decir, a la voluntad humana. “Corazón” es la potencia espiritual humana capaz de ser afectada por la bondad y el valor profundo de las cosas. Así lo dice Santo Tomás: “*mi corazón y mi carne se exultaron hacia el Dios vivo*(Sal 84,

---

Pero el sacramento de la confirmación se requiere como signo de fortaleza para otros. Y, por esto, se exhibe en la frente” III, q. 72, a. 9, c. et ad 2; Cf. q. 75, a. 6, ad 3; q. 79, a. 6, c. et ad 3.

<sup>16</sup>Cf. *S. Th.* I-II, q. 48, a. 2, c; a. 3; a. 4, c. Nota Santo Tomás que “la perturbación del corazón a veces puede sobreabundar a punto tal que, mediante el movimiento desordenado del corazón, se impida el movimiento de los miembros exteriores. Y, entonces, cause taciturnidad, inmovilidad de los miembros exteriores, y a veces incluso la muerte” ad 3. Cf. II-II, q. 158, a. 4, c.

<sup>17</sup> Cf. *S. Th.* II-II, q. 44, a. 5, c.

3), de modo tal que tomemos ‘corazón’ por el apetito intelectual, y ‘carne’ por el apetito sensitivo”<sup>18</sup>.

Es importante destacar que la voluntad no es únicamente, como podría pensarse, una facultad efectiva, de hacer o producir, de ejercitarse libremente por la propia decisión. Aunque también en este sentido es “corazón”: así como este órgano es primer principio de movimiento, así también la voluntad es la que mueve e impera a sus actos propios a todas las potencias y por ella el hombre es *dominussuiipsius* (cualquier acción es humana en tanto voluntaria). Pero es fundamentalmente afectiva, es decir, receptiva o atractiva por el peso axiológico de lo real. Más aún, lo segundo fundamenta lo primero: solo se mueve por el bien que la mueve (cualquier elección de los medios está fundamentada en la tendencia natural a la felicidad). Por otra parte, los actos afectivos no son solamente las pasiones sensitivas, sino también los actos volitivos: los del mismo nombre, es decir, amor (Santo Tomás suele usar *dilectio* para distinguirlo del sensible), odio, esperanza, tristeza, etc., espirituales, pero también los propios: voluntad, intención, fruición, elección y consentimiento (todos pueden ser afectivos; el uso sería efectivo). Incluso puede hablarse de afectividad en Dios, así como también de amor, gozo, ira, etc., aunque, evidentemente, removiendo todo lo que incluyen de imperfección<sup>19</sup>.

Ahora bien, si bien hasta aquí los significados de la palabra “corazón” están ligados a la afectividad, el movimiento, la tendencia, el apetito, etc., sin embargo, dentro del sentido espiritual, no solamente encontramos la voluntad, sino también la inteligencia. La inteligencia es también el corazón espiritual del hombre: “el corazón se toma por la simplicidad del intelecto”<sup>20</sup>. El romanticismo ha negado este aspecto cognitivo del corazón, reaccionando ante una visión racionalista de la inteligencia humana anti-intuitiva. Reduciéndolo a su dimensión afectiva, pero desvinculándolo de lo intelectual, ha llegado a un corazón meramente sentimental y ciego. Así, ser “racional” es ser un logicista abstracto, objetivo y desencarnado. Tener corazón, en cambio, es ser un vitalista pasional. El corazón como opuesto al cerebro<sup>21</sup>. Tanto el romanticismo como el racionalismo los han separado, desgarrando la inteligencia de la calidez afectiva y al afecto de la lucidez intelectual. Ambas produjeron, por un lado, un

---

<sup>18</sup>S. Th. I-II, q. 24, a. 3, c. Cf. II-II, q. 29-30; q. 81, a. 7, sc; III, q. 21, a. 2, ad 1.

<sup>19</sup>Cf. S. Th. I, q. 20, a. 1, ad 1; I, q. 82, a. 5, ad 1; I-II, q. 22, a. 3, ad 3.

<sup>20</sup>In Mt [rep. Leodegarii Bissuntini] c. 22, lect. 4.

<sup>21</sup>Cf. S. Th. III, q. 8, a. 1, c.

apartarse del contacto profundo con las cosas que, al mismo tiempo, son inteligibles y apetecibles; y, por otro, un *homo duplex*.

Santo Tomás, por el contrario, concibe el corazón como la capacidad espiritual humana de leer adentro del ser (intuición como “corazonada”), hasta sus últimos fundamentos: “Y dice *en medio*, porque en medio del hombre, corporalmente, está el corazón, al que se le atribuye cierta sabiduría e intelecto: de dónde, aunque el intelecto no tenga órgano corporal, sin embargo, porque el corazón es el órgano principal, suele tomarse por intelecto [...]”<sup>22</sup>. Las famosas palabras de Cristo haciendo referencia a su propio corazón pueden leerse desde este significado: “También mostró que tenía intelecto, diciendo, *aprended de Mí, porque soy manso y humilde de corazón* (Mt XI)”<sup>23</sup>. La hermenéutica es semejante en el famoso pasaje de Mt 6, 21 en el que “tesoro” es el afecto y “corazón” el intelecto<sup>24</sup>. Otro pasaje habla de los “ojos del corazón” para ver a Dios<sup>25</sup>. La ley es un orden que está en la razón, y se dice que está escrita en el corazón, por lo tanto se entiende “corazón” por “razón”<sup>26</sup>. “Llevar a alguien en el corazón”, no es solo tenerlo impreso o grabado afectivamente, sino también llevar su semejanza en la aprehensión, a través de la cual se puede penetrar cada vez más íntimamente en su realidad<sup>27</sup>. El acto interior de la fe, virtud teologal que está en el intelecto, es el creer, que Santo Tomás deposita en el corazón y que luego se confiesa exteriormente por las palabras de la boca<sup>28</sup>. En el famoso pasaje que habla de una *reditio* deleitable hacia el propio corazón, se aclara inmediatamente que en el corazón se encuentran “*cogitationes*”<sup>29</sup> y no solo placer o esperanza. Y tantos otros pasajes más que podrían colocarse.

Teniendo en cuenta ambos sentidos, el corazón significa también la raíz o la sede tanto de la inteligencia como de la voluntad, así como también de sus actos interiores y, sobre todo, aquellos simples (*simplex intuitus intellectus* y *simplex affectus voluntatis*). Ligado a este sentido, aparece el corazón como el centro o núcleo íntimo y vital más profundo de la

---

<sup>22</sup>In *Io* c. 1, lect. 13. Cf. *S. Th.* I-II, q. 102, a. 3, ad 8: “Por esto también se significaba que era necesaria a los sacerdotes la sabiduría del corazón para instruir al pueblo, que se significaba mediante el pecho, que es la cobertura del corazón”.

<sup>23</sup>*S. Th.* III, q. 5, a. 4, sc.

<sup>24</sup>Cf. *S. Th.* II-II, q. 166, a. 1, ad 2; q. 180, a. 1, c.

<sup>25</sup>Cf. *S. Th.* I, q. 12, a. 3, ad 1.

<sup>26</sup>Cf. *S. Th.* I, q. 24, a. 1, c.; I-II, q. 94, a. 5, ad 1; a. 6; q. 106, a. 1; a. 2, ad 3; III, q. 42, a. 4, c. et ad 2.

<sup>27</sup>Cf. *S. Th.* I-II, q. 28, a. 2, c.

<sup>28</sup>Cf. *S. Th.* II-II, q. 3, a. 2, sc; q. 12, a. 1, ad 2.

<sup>29</sup>Cf. *S. Th.* II-II, q. 25, a. 7, c.

persona<sup>30</sup>, su lugar incomunicable y donde reside su dignidad (*imago Dei*), así como también en dónde se recibe la gracia de Dios y se hace apta el alma para conocerlo y amarlosobrenaturalmente. Solo Dios puede conocer los secretos del corazón y solo Él puede moverlo sin violencia<sup>31</sup>. La expresión es semejante a la palabra latina “*mens*”, la griega “*noús*” o la hebrea “*lev*”. “El corazón del hombre es profundo e inescrutable”<sup>32</sup>.

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín y su teología de la *imago Dei*, lo diría en estas palabras: el corazón es la memoria espiritual del hombre. El hombre siempre está presente a sí mismo de modo habitual, aunque no pase al acto de conocimiento y amor de sí. La *notitiay amor sui* se identifican con la misma esencia del alma en cuanto inteligible y apetecible, inteligente y apetente, a partir de lo cual el hombre puede entenderse y amarse. Al entenderse y amarse en acto, el hombre hace proceder en sus potencias un *verbum et impressiocordissuiipsius*<sup>33</sup>. Desde esta auto-presencia, el hombre sale a obrar exteriormente<sup>34</sup>. Ser persona es tener este corazón profundo, inteligente y amante, que brota desde sí hacia otros y la naturaleza.

De ahí que la idea de “corazón” esté vinculada con la de “retorno” o “recogimiento” (en árabe “corazón” se dice “*qalb*” que significa también “girador”; “*qalaba*” es girar). El centro vital del hombre es recogimiento sustancial. Ser persona es poseer el ser de modo íntimo. El corazón humano, el alma, no solo “derrama” la sangre del ser para darle vida al cuerpo, sino que “retorna” hacia sí misma en cuanto tiene el ser por sí misma, independientemente del cuerpo al que informa<sup>35</sup>. Esta *reditio*entitativa debe completarse operativamente en la *cognitioy amor sui*. Santo Tomás invita, en varios pasajes, a una *reditio ad corproprium* o, lo que es lo mismo, pero con otra metáfora, a habitar la propia *domus*<sup>36</sup>.

---

<sup>30</sup>La parte más importante puede designar al todo. Hay que amar a Dios con todo el corazón, es decir, con todo lo que somos y refiriendo todo hacia Él como fin último. Cf. *S. Th.* II-II, q. 27, a. 5; a. 6, ad 2; q. 29, a. 3, c; q. 44, a. 4.

<sup>31</sup>Cf. *S. Th.* I, q. 12, a. 8, sc; q. 14, a. 12, c; a. 13, sc; q. 57, a. 4; q. 117, a. 2, c., *in fine*; I-II, q. 100, a. 9, c; q. 112, a. 2, ad 2; a. 3, c; II-II, q. 83, a. 4, ad 2; q. 88, a. 1, c; q. 91, a. 1, c; q. 103, a. 1, c; q. 124, a. 4, ad 2; III, q. 7, a. 7, ad 3; q. 59, a. 2, ad 3.

<sup>32</sup>*In Psal.* 41, n. 5.

<sup>33</sup>*In Mt* c. 15, lect. 1: “por boca se entiende la mente. De la boca sale lo que contamina al hombre, porque los pecados del corazón son pensamientos y afectos [...] Por boca puede entenderse la boca del corazón, es decir, la mente del hombre” Cf. *Cat. in Io.* c. 8, lect. 1; *In Io.* c. 6, lect. 3.

<sup>34</sup>Cf. *De Ver.* q. 10, a. 1-3; *S. Th.* I, q. 77, a. 1, ad 1; q. 79, a. 7, ad 1; q. 93, a. 7; *SCG IV*, c. 11.

<sup>35</sup>Cf. *S. Th.* I, q. 14, a. 2, ad 1.

<sup>36</sup>Cf. *S. Th.* II-II, q. 25, a. 7, c; *In Ethic.* IX, lect. 4; *In Mt* [rep. LeodegariiBissuntini] c. 24, lect. 4; *In II Tim* c. 3, lect. 2; *Cat. in Mt* c. 9, lect. 1; *Cat in Mc* c. 2, lect. 1; *Cat in Lcc.* 5, lect. 5; *Cat in Lcc.* 7, lect. 2; *Cat in Lcc.* 8, lect. 6; *Cat in Lcc.* 15, lect. 4; *Cat in Io* c. 4, lect. 1; *In Io* c. 10, lect. 2; *In Psal.* 36, n. 2.

Escapa a este trabajo hacer un desarrollo exhaustivo de la doctrina tomista acerca de la *reditio operativa ad corproprrium*<sup>37</sup>. Resumiendo, Santo Tomás distingue dos caminos posibles: por un lado, el hombre puede amarse desordenadamente a sí mismo (*amor sui* como *radix peccatorum*), lo que, en el fondo, es odiarse a sí y huir de sí. Esto lleva a una falta de paz y gozo interior, que produce una exteriorización alienante en una vida epidérmica y superficial, solitaria y alejada de Dios. El hombre pone su corazón en la búsqueda desordenada de los bienes creados, tanto exteriores (la avaricia que endurece al corazón), del cuerpo (gula y lujuria) y del alma (el corazón del hombre se ensoberbece y envanece). Por otro lado, el amor ordenado de sí, especialmente con caridad, lleva a una unificación interior. La persona, integrando todas sus dimensiones ordenadamente por medio de las virtudes, alcanza el gozo y la paz propios de aquel que tiene a Dios en su corazón. Este *amor sui ordinatus* proporciona la base para un amor sano del prójimo. Todos los bienes creados se refieren al único Bien Increado en el que el corazón humano puede descansar y gozar<sup>38</sup>. La *reditio ad seipsum* se entiende solo como una *reditio ad Deum*. Dios mismo es el corazón del hombre<sup>39</sup>, quien lo mueve, le da vida, luz y calor.

El hombre debe hacer arder en su corazón el afecto más elevado de todos, aquel que procede de la caridad y encamina al hombre hacia su Corazón. Así, ejerciendo el sacerdocio común de los fieles o el sacerdocio ministerial, el hombre, en actitud religiosa, como un templo vivo, ofrecerá en su propio corazón el sacrificio de la propia vida, de la propia voluntad, en orden al amor de Dios, el prójimo y uno mismo:

“O puede entenderse acerca del altar espiritual. El altar está en el templo: y así como hay un triple templo, así también hay un triple altar. Primero es el varón justo: 1 Cor 6: *¿no sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo?* El altar de este templo es el corazón: Lev. 6: *el fuego*, a saber, de la caridad, *en el altar*, esto es, en el corazón, *siempre arderá*. Debemos circundar este altar, o estar junto a él, esto es, adornarlo, retornando (*redeundo*) siempre a Cristo: Prov, 4: *conserva con todo cuidado en tu corazón, ya que la vida procede desde él*”<sup>40</sup>.

---

<sup>37</sup>Actualmente, estamos cercanos a defender una tesis de licenciatura que incluye esta temática.

<sup>38</sup>En la oración *concede mihi*, que compuso Santo Tomás y que rezaba todos los días, se dice: “Frecuentemente dame que mi corazón se dirija hacia Ti”.

<sup>39</sup>Escapa a este trabajo el análisis de la atribución del “corazón” a Dios. El Hijo asume un corazón de carne, el sagrado corazón, signo de su amor sensitivo, intelectual y divino. Él es el *Verbum* que sale del corazón que es el Padre, del cual procede igualmente el *Amor*, que es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo también es corazón en cuanto Amor y Don, principio del ser y obrar.

<sup>40</sup>In *Psal25*, n. 4.